

Eso que hemos visto y oído os lo anunciamos

4

Anunciar a los alejados que Jesús sigue vivo

«¿Quién pecó, éste o sus padres?» (Jn 9, 2)

También convivimos con personas consideradas como refractarias a la Iglesia o incluso pecadoras, y a las que nos cuesta acercarnos con respeto y hablarles de Dios por temor a ser rechazados. La curación de un ciego de nacimiento, que narra el evangelista san Juan, nos ofrece, entre otras enseñanzas, algunas sugerencias que nos ayudan a superar ese prejuicio.

En los capítulos 7 y 8 de su evangelio, Juan relata que, cuando la “Fiesta de las Tiendas”, Jesús estuvo a punto de ser apedreado. Al final de una larga controversia con los judíos, Jesús afirmó que él existía antes de que naciese Abraham. No era la primera vez que los judíos lo consideraban un blasfemo y quisieron aplicarle el castigo previsto para los blasfemos. Su blasfemia consistía en identificarse a sí mismo como Hijo de Dios. Aunque los “signos” que venía haciendo ponían de manifiesto que entre él y Dios había una especial relación, los jefes del pueblo se negaban a reconocerlo.

Después de que intentaran apedrearlo, Jesús se encontró con un ciego de nacimiento. Los discípulos preguntaron a Jesús: «Rabbí, ¿quién pecó, él o sus padres, para que haya nacido ciego?», a lo que Jesús respondió: «Ni él pecó ni sus padres; es para que se manifiesten en él las obras de Dios» Las *obras de Dios* a las que Jesús se refería iban a ser, en aquella ocasión, la curación de la ceguera de este pobre hombre, un nuevo “signo” de su personalidad, que Jesús les ofreció para ratificar su condición de enviado del Padre.

Muchos tenían a aquel ciego como pecador, pero Jesús se acercó a él con compasión, hizo barro con su saliva, lo puso sobre los ojos del ciego y lo envió a lavarse en la piscina de Siloé. Al ciego se le abrieron los ojos y la gente, que había visto al ciego mendigando, quedó sorprendida. Sin embargo, los fariseos se empeñaron en afirmar que Jesús no venía de Dios porque, en el sagrado día del sábado, había hecho barro para curar al ciego. El ciego, por su parte, reconoció ante ellos que Jesús era un profeta y, con una lógica incontestable, les dijo: «Jamás se ha oído decir que nadie haya abierto los ojos a un ciego de nacimiento. Si éste no viniera de Dios, no podría hacer lo que hace». Aquel hombre considerado pecador a los ojos de muchos empezó a ver no sólo con los ojos del cuerpo, sino también con los de su alma.

En esta cuarta semana de Cuaresma, la Iglesia nos invita a anunciar a Jesús a aquellas personas que consideramos alejadas de la fe y de la Iglesia mostrándoles, a través de nuestros gestos de acogida y servicio, que Jesús sigue vivo y las ama. Mientras escuchamos la siguiente canción de Ricardo Cantalapiedra, recordamos quiénes son esas personas a las que no acertamos a acercarnos para decirles que Jesús las ama.

Un día por las montañas
apareció un peregrino.
Se fue acercando a las gentes
acariciando a los niños.

Iba diciendo por los caminos
amigo soy, soy amigo.

Sus manos no empuñan armas,
sus palabras son de vida.
Y llora con los que lloran
y comparte la alegría.

Reparte el pan con los pobres,
a nadie niega su vino.
Y está junto a los que buscan
y consuela a los mendigos.

Y los hombres que lo vieron
contaban a sus vecinos.
Hay un hombre por las calles
que quiere ser nuestro amigo.
Hay un hombre por las calles
que lleva la paz consigo.

*(escuchar en Youtube la canción “El peregrino”
en la versión de GAUDYA)*

Empecatado naciste y ¿quieres darnos lecciones?

Los fariseos acosaron una y otra vez al ciego curado tratando de encontrar algún resquicio con el que devaluar el “signo” que Jesús había hecho. Llegaron a negar la evidencia, poniendo en duda que hubiera sido ciego de nacimiento, llamaron a sus padres para que confirmasen que aquél era su hijo y que había nacido ciego, le forzaron a confesar que Jesús era un impostor. El que había sido ciego, cansado de tantas preguntas y, sobre todo, de la cerrazón de aquellos hombres, les replicó: «Si es un pecador, no lo sé. Sólo sé una cosa: que antes yo era ciego y ahora veo». Y, como seguían insistiendo en que les dijera cómo se le habían abierto los ojos, les respondió con sorna: «Os lo he dicho ya, y no me habéis escuchado. ¿Por qué queréis oírlo otra vez? ¿Es que queréis también vosotros haceros discípulos suyos?»

Esto los sacó de sus casillas y respondieron del peor modo: insultando al ciego. Haciendo suya la convicción popular de que los males y enfermedades eran debidos a algún pecado oculto cometido por el enfermo o por sus padres, le dijeron: «Has nacido todo en pecado ¿y tú nos vas a dar lecciones?» Y lo expulsaron de la sinagoga. Ocurrió algo frecuente en la vida humana: que el prejuicio y la soberbia ciegan el corazón e impiden reconocer la verdad. El evangelista añade que Jesús se enteró de que habían echado de la sinagoga al ciego, se encontró con él y le preguntó: «¿Tú crees en el Hijo del hombre?» El ciego se postró ante Jesús y exclamó: «Creo, Señor». Jesús no pudo menos de entristecerse y lamentar la ceguera de los que se consideraban perfectos cumplidores de la Ley, y exclamó: «He venido a este mundo para que los que no ven, vean; y los que ven, se vuelvan ciegos». Algunos fariseos se dieron por aludidos y le replicaron: «¿Es que también nosotros somos ciegos?» Y Jesús, apenado, sentenció: «Si fuerais ciegos, no tendríais pecado; pero como decís: “vemos”, vuestro pecado permanece».

Este episodio pone de manifiesto hasta qué punto hemos de tentarnos la ropa al pensar de alguien que está alejado de la fe y de la Iglesia. En aquella ocasión, los escribas y los fariseos, que pasaban por ser los más observantes de la Ley de Moisés, habían cerrado sus corazones a cal y canto a la verdad. Jesús había dicho: «Yo soy el camino, y la verdad y la vida», pero este camino, verdad y vida, que Jesús manifestaba con sus palabras y

obras, era intransitable para ellos. Realmente, ellos eran ciegos, porque no querían ver. Sin embargo, al pobre ciego, considerado un pecador por haber nacido ciego, no sólo se le abrieron los ojos de su cara, sino también su corazón para acoger la verdad. ¡Delante de Dios sólo podemos situarnos con humilde sinceridad!

La llamada a Leví el de Alfeo

La actitud de Jesús con el ciego de nacimiento no fue un episodio aislado a lo largo de su vida terrena. Los evangelistas nos proporcionan abundante información sobre el comportamiento de Jesús con hombres y mujeres que eran considerados públicamente como pecadores. Particularmente interesante es su encuentro con Leví, el de Alfeo, un conocido recaudador de impuestos, considerado doblemente pecador: porque recaudaba los impuestos que los judíos debían pagar a los romanos, tarea despreciable a los ojos de todos, y porque era frecuente que estos recaudadores, respaldados por los soldados del ejército de ocupación, se enriquecieran extorsionando a los contribuyentes. Tal era el caso de Zaqueo, que confesó públicamente ser un defraudador, como narra el evangelista san Lucas (Lc 19). Lucas, Marcos y Mateo (Mt 8, Mc 2, Lc 5) narran aquel encuentro de Jesús con Leví.

El evangelista san Marcos lo describe escuetamente y con precisión, después de narrar cómo Jesús perdonó y sanó a un paralítico, al que descolgaron con su camilla desde el techo, porque la entrada de la casa estaba abarrotada por la multitud. Luego, Jesús caminó por la orilla del mar y, al pasar, «vio a Leví, el de Alfeo, sentado en el despacho de impuestos, y le dijo: “Sígueme”. Él se levantó y le siguió». El evangelista continúa: «Y sucedió que estando él a la mesa en casa de Leví, muchos recaudadores y pecadores se encontraban a la mesa con Jesús y sus discípulos». De nuevo aparecieron en escena los escribas del partido de los fariseos, que echaron en cara a los discípulos de Jesús que “su Maestro” se permitiera la familiaridad de comer con aquella gente pecadora y despreciable. Jesús oyó aquellas críticas y les dijo: «No necesitan médico los sanos, sino los que están mal». Con ello, explicó por qué acogía con cariño a los que muchos consideraban pecadores, y añadió con rotundidad: «no he venido a llamar a justos, sino a pecadores». Su misión estaba dirigida a acoger sobre todo a los alejados, como aquel recaudador que oraba en el templo profundamente arrepentido diciéndolo: «¡Oh Dios! ¡Ten compasión de mí que soy pecador!». Al mismo tiempo, un fariseo oraba complacido de sí mismo, recordando delante de Dios sus propios méritos. El evangelista san Lucas advierte que el pecador bajó a su casa justificado y el fariseo, no.

Estos episodios de acogida, perdón y restauración de la gente alejada, maltratada por la opinión displicente de “los buenos”, abundan en los evangelios; algo nos quieren decir sobre nuestra actitud hacia los alejados.

Llegados a este punto, no podemos menos de pedir al Espíritu Santo los dones de consejo y piedad para saber decir, con la actitud misericordiosa de Jesús, la palabra oportuna que ayude a que los que se sienten alejados de la Iglesia a descubrir quién es Jesús y cómo los ama. Mientras consideramos esta llamada, escuchamos o cantamos la siguiente oración y pedimos al Espíritu que nos haga dóciles a la voz del Señor y transforme nuestra vida:

Vengo ante ti, mi Señor,
reconociendo mi culpa,
con la fe puesta en tu amor
que tú me das como a un hijo.
Te abro mi corazón y te ofrezco mi miseria,

despojado de mis cosas quiero llenarme de ti.

*Que tu Espíritu, Señor,
abrase todo mi ser,
hazme dócil a tu voz,
transforma mi vida entera.*

Puesto en tus manos, Señor,
siento que soy pobre y débil,
mas tú me quieres así, yo te bendigo y te alabo.
Padre, en mi debilidad, tú me das la fortaleza,
amas al hombre sencillo, le das tu paz y perdón.

Que tu Espíritu, Señor...

(escuchar en Youtube la canción “Vengo ante ti, mi Señor”)

Para la reflexión personal y en grupo

- ♦ ¿Procuro acercarme a los que considero alejados de la vida de la Iglesia o me siento bloqueado ante ellos? ¿Cuál es mi actitud hacia estas personas?
- ♦ ¿Pido al Espíritu Santo los dones de consejo y piedad para saber adoptar las actitudes de acogida y misericordia que Jesús tuvo con los pecadores?
- ♦ ¿Reviso mis comportamientos para que manifiesten la bondad y misericordia del Padre? ¿En qué ha de mejorar mi actitud hacia las personas que considero alejadas de Dios y de la Iglesia?